

«Erguido como cedro.» En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir: Dispuesto como un pino; que así el pino como el cedro son árboles altos y bien salidos. Donde decimos *erguido*, la palabra hebrea *tob* quiere decir escogido, y es propiedad de aquella lengua llamar así á los hombres altos y de buen cuerpo, porque á la verdad, la disposición los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así dice en el primero de los *Reyes* el capítulo 9, del padre de Saúl, que tenía un hijo llamado Saúl, que era escogido y bueno, esto es, hermoso y bien dispuesto, como de hecho lo era Saúl. Asimismo en el capítulo 11 del *Ecclesiastes*, donde dice la letra vulgar: «Huélgate, date al placer, ándate á la flor del berro, mancebo, en la juventud; que presto te se pedirá cuenta estrecha;» está la misma palabra, que es decir: «Huélgate, erguidillo;» en lo cual, como se ve claro, el Espíritu Santo usa de un donaire por el cabo bellissimo, que siendo su intento en aquellas palabras, usando de una artificiosa y fingida simulación, y como pervirtiéndolas, debajo de alargarles la vanidad á los mancebos, escarnece de su liviandad, que se andan siempre al buen tiempo, y cogiendo, como dicen, la flor del berro, desacordándose de lo que está por venir y les puede suceder; así que, siendo el intento del Señor reprender mofando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con pena, no les llama con el nombre propio de su edad, sino llámalos *erguidos*, usando del nombre que declarase al natural el brío, altivez y lozanía, que es la fuente de donde nace no mirar ni curar lo que está por venir, y aquel coger sin rienda y sin medida el fruto del deleite y el pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Pues tornando á nuestro propósito, concluye la esposa finalmente, diciendo: «El su paladar;» esto es, su habla *dutzuras*; esto es, dulcísima y suavísima; «y todo él deseo;» esto es, amable, y tal, que convida por todas partes á que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es

mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalén;» como si añadiendo dijese: Porque veáis si tengo razón de buscarle y de estar ansiosa en no hallalle.

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la esposa, y conociendo con cuán justa razón la tenía el esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora á compasión su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo á la esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree ó imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán á buscar; y así dicen: «¿Á dónde fué tu amado, bellissima entre las mujeres? ¿Hacia dónde se volvió tu amado, y buscarle hemos contigo?» Á lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue, diciendo:

CAPÍTULO VI.

ESPOSA.

1 El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores.

2 Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

ESPOSO.

3 Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones con banderas tendidas.

4 Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad.

5 Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.

6 Tus sienes son como un casco de granada entre tu caballo.

7 Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin cuento.

8 Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, es la escogida á la que le parió. Viéronla las hijas, y llámáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron.

9 ¿Quién es esta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escudrones?

10 Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid y si florecen los granados.

ESPOSA.

11 No sé; mi ánima me puso como los carros de Amínadab.

12 Torna, torna, Sunnamita; torna, torna, y verte hemos.

COMENTO.

«El mi amado descendió al su huerto.» Si de cierto sabía que estaba en el huerto su esposo, por demás era el andar á buscarlo por la ciudad y en otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sentido parecen ciertas, se han de entender con alguna duda haber sido dichas, como si la esposa, respondiendo á las dueñas de Jerusalén, dijese: Buscádole he por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir á ver su huerto, adonde suele ir á apacentar; ó digamos que esta no es respuesta de la esposa á la pregunta que hicieron aquellas dueñas, sino que luégo que acabó de hablallas se dió á buscar á su esposo, y saliendo de la ciudad á buscallo al campo hacia el huerto suyo, que

estaba en lo bajo, sintió la voz ú otras señales manifiestas de su esposo, y arrebatada de alegría, de improviso comenzó á decir: ¡Ay! Véisle aquí al mi amado y al que me trae perdida buscándole, que al su huerto descendió. Porque ella le buscaba en Jerusalén, que era ciudad puesta en lo alto de un monte, y en los arrabales ó aldeas que están al pié se finge estar el huerto de esta rústica esposa y otros de sus vecinos, como es uso; y dice que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido á holgarse y recrearse entre los lirios y violetas. Dice más: «Yo al mi amado, y el mi amado á mí.» Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar á voces, como si dijese: Hola, amado mío, ¿oísme, entendéisme? De donde se entiende que salió á buscallo al campo hacia el lugar á dó está el huerto, y sintiendo estar en él, llámale, como he dicho, para que le responda. Á la cual voz sale el esposo, y viendo á su amada, y la afición grande con que le busca, enciéndese en un nuevo y vivo amor, y recíbele con mayores y más encendidos regalos que antes, y más encarecidos requiebros, diciendo:

«Hermosa, hermosa eres así como Tirsa.» Encarece grandemente los loores de su esposa, porque en los capítulos de arriba, para loar la variedad de su gentileza y hermosura, la apoda á un huerto, y agora le hace semejante á dos ciudades las más hermosas que había en aquella tierra, Tirsa y Jerusalén. Tirsa es nombrada una ciudad de Israel, noble y populosa, donde los reyes tenían su asiento antes que se edificase Samaria. San Jerónimo, donde dice Tirsa, traslada cosa suave; y los setenta intérpretes ponen contento, sosiego, diciendo: «Hermosa eres como el contenido y deleite;» y es porque miraron la derivación y etimología del vocablo, y no lo que de hecho significa, que es aquella ciudad, así dicha por el contenido y descanso que daba al que la moraba, por su asiento y habitación de ella descansado y apacible. Jerusalén era la más principal ciudad y la más hermosa que había en toda la Palestina, y

aun en todo Oriente, según sabemos por las escrituras hebreas y gentiles; tanto, que David hizo un salmo loando á la letra la grandeza, beldad y fortaleza de Jerusalén.

Pues á estas dos ciudades dice el esposo que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y grandeza de la esposa, diciendo: Tan grande maravilla he visto, tan hermosa eres en todo y por todo, cuanto lo es ver estas dos ciudades, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios, la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande admiración. Á la verdad, es muy al propósito para declarar el mucho espanto que pone al amor del esposo la vista de su esposa, y cuán grande y cuán incomparable y fuera de toda medida le parece su hermosura; pues para explicar lo que sentía no le venían á la boca menores cosas que ciudades, y ciudades tan populosas; esto es, cosas cuya hermosura consiste en mucha variedad y grandeza. Dice más:

«Terrible como ejército con banderas tendidas.» No espanta menos un extremo de bien que lo que hace extremado mal; y así, para mayor encarecimiento dice á la esposa que le pone espanto, y que así le saca de sí el excesivo extremo de su belleza, que está ya á punto de romper; que también es decir que, de la misma manera que un ejército así bien ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponersele cosa delante que no la rinda y sujete; así, ni más ni menos, no había poder ni resistencia alguna contra la fuerza y hermosura extremada de la esposa; y por esta causa añade luego:

«Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza.» Como si levantando la mano en alto y poniéndola delante del rostro, y torciendo los ojos á otra parte, dijese: Esposa mía, no me mires, que me robas con tus ojos y me traspasas el corazón. En lo cual habiendo el esposo loado en suma la belleza de la esposa, y queriendo loalla otra vez por sus partes, comienza lo primero por los ojos, y para loallos

usa de una manera elegantísima, que no dice la hermosura de ellos, sino ruega que los aparte y vuelva á otra parte mirando, porque le hacen fuerza. En lo cual loa más encarecidamente que si los antepusiese á las dos más claras y relucientes estrellas del cielo. Donde dice: «Que me hacen fuerza, y me vencieron,» hay diferencia entre los intérpretes; porque los setenta, y san Jerónimo con ellos, traducen: «Aparta tus ojos, que me hicieron volar;» otros ponen: «Aparta tus ojos, que me ensoberbecieron;» y los unos y los otros traducen, no lo que hallaron en la lengua hebrea, sino lo que le pareció á cada uno que quería decir, porque daba ocasión al uno y otro sentido el sonido y propia significación de ella, que es este al pié de la letra:

«Aparta tus ojos, que hicieron sobrepujarme;» porque la palabra *harhibeni* de que usa aquí el original, propiamente quiere decir sobrepujar. Esto á san Jerónimo le parece que sería volar, porque los que vuelan se levantan así en alto, y como que se sobrepujan en cierta manera; conforme á lo cual quiere decir el esposo que aparte la esposa sus ojos y no le mire, porque viéndolos, no está en su mano no irse á ella, que arrebatada y lleva tras sí el corazón como volando, sin poder hacer otra cosa, que es requiebro usado. Los que traducen: «Que me hicieron ensoberbecer,» tuvieron el mismo modo de parecerles que el ser soberbio es un sobrepujarse en alto, que conforme á esto pedía el esposo á su esposa que no le hiciese aquel favor de mirarle, por no desvanecerse con él. Lo uno y lo otro fuera bien excusado, pues está claro que decir: «Hicieron sobrepujarme,» es rodeo de hablar poético, que vale lo mismo que si dijera: Sobrepujéronme ó vencieronme; y el propósito y hilo de lo que le va diciendo pedía que se dijese esto. Porque en efecto dice: Deseo contar otra vez de tus ojos; mas ellos son tan bellos y resplandecientes, y tienes en ellos tanta fuerza, que al tiempo que los miro para alabarlos, contemplándolos, y queriendo recoger una

á una sus propiedades y sus gracias, ellos me arrebatan el sentido, y con su luz ellos me encandilan de tal manera. que por la fuerza que el amor me hace, en esto estoy como excusado; por tanto, esposa dulcísima, vuévelos, no me miréis, que no puedo resistirles. Y demandando esto el esposo, demanda lo que no quiere, que es que su esposa no le mire, porque es gran placer el que siente en su vista; mas con tal demanda dice más en su loor que si dijera muy más por extenso todas las partes de belleza que en ellos se encierran; y estas son cosas que mejor se entienden que se pueden declarar.

Habiendo loado los ojos el esposo tan altamente por este delicado artificio, enhila tras esto las otras partes del rostro, dientes, labios y mejillas, diciendo las mismas palabras que arriba dijo; porque aquellas semejanzas son tan excelentes, que no se pueden aventajar. Dice: «Tus dientes como atajos de ovejas.» Esto dice por la blancura, por la igualdad de los dientes, y por el color y gracia y buen asiento de las mejillas, como vimos en el capítulo cuarto, donde se declara esto muy á la larga: «Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, é innumerables las doncellas; mas única es la paloma mía, la alindada mía, única es á su madre, ella escogida es á la que la parió.» Muestra el esposo cuán excesivamente y con cuánta razón ame á su esposa, diciendo en persona suya, como si declarase que es Salomón rey este pastor que aquí se representa: «Sesenta son las reinas.» No está la prueba ni la fuerza del amor en amar á una persona á solas sin compañía de otras; antes el verdadero amor y mayor punto de él es, cuando, extendiéndose y abrazándose con muchos, entre todos se señala y se diferencia y aventaja claramente con uno. Lo cual declara bien el esposo en estas palabras, en las cuales, queriendo bien y teniendo afición á otras mujeres, confiesa amar á su esposa más que á todas con un amor así particular y diferente de todas las demás, que las demás en su comparación no merecen el nombre de amor;

y aunque quiere á muchas, empero la su esposa es de él querida por una y singular manera.

Sábese del libro de los *Reyes* que Salomón usó de muchas mujeres, que, según la diferencia del estado y tratamiento que tuvieron en la casa de Salomón, la Escritura les pone diferentes nombres: las unas nombraban reinas, porque su servicio y casa era como de tales; estas eran sesenta; otras dellas, que no eran tratadas con tanta ceremonia, se llamaban concubinas; y no se ha de entender que eran mancebas, como algunos, engañándose, creen y piensan; antes acerca de los hebreos eran también mujeres legítimas, pero mujeres de esta manera, que habían sido antes y primero esclavas ó criadas, y su amo las tomó por mujeres; mas no se celebraban en el casamiento las bodas por escrito ni con las ceremonias legítimas que se usaban en el casamiento de las otras que eran libres; y estas se añadían á las mujeres principales, y los hijos que de estas concubinas nacían no sucedían en los mayorazgos ni herencias capitales; pero podía bien el padre hacelles algunas mandas y donaciones para su sustentamiento, como aparece claramente en el *Génesis*, 25 y 35, de Cetura y Agar, mujeres de Abraham, que la Escritura llama allí concubinas. Pues de estas tenía ochenta Salomón, entendiendo por este número muchas y muchas más, según el uso hebreo. Las demás, y bien queridas de Salomón, hacían el tercero orden, y destas no había número. Pues dice agora que entre tanto número de mujeres, la que en amor y servicio y preeminencia se aventajaba á todas es la una, que es la hija de Faraón, de quien se habla en este cantar en persona de pastora.

«Una, dice, es mi paloma.» Y es así, que el amor, como es unidad, no apetece otra cosa sino unidad; y así, no es firme ni verdadero cuando se pone en igual grado por muchas y diferentes cosas. El que bien ama, á sola una cosa tiene particular amor, y el que quiere juntamente amar de verás y no limitar su amor á una sola cosa, debe emplear

en Dios su voluntad, que es bien general que lo abraza y comprehende todo, como, por el contrario, todas las criaturas son limitadas y diferentes entre sí, y á las veces unas contrarias á las otras, de arte que el querer bien á una es querer mal y aborrecer á otras. Dice: «Mi paloma y mi alindada,» y no mi esposa, para hacer mostrar en la manera de nombrarla la razón que tenía de amarla con tan particular amor y de hacelle tan grandes ventajas.

«Única es á su madre, escogida á la que la engendró.» Remeda en esto la común y vulgar manera de hablar, que es decir: Como la hija amada es todo el regalo y amor de su madre, así es probada y querida mi esposa con la misma singularidad y diferencia de amor.

«Viéronla las reinas.» Grande y nueva cosa es conocer y no envidiar tanto bien las demás mujeres de Salomón á la esposa, porque lo son de su natural envidiosas todas las mujeres entre sí extremadamente; mas en las cosas muy aventajadas desfallece la envidia. Y muestra en esto el esposo que no es afición ciega la que le mueve á querella, sino razón tan clara y de tanta fuerza, que las otras mujeres, que de su natural la habían de tener envidia, confiesan llanamente que reconociéndola por tal, la loan á boca llena; y así, refiriendo las palabras de otras mujeres, dice:

«¿Quién es esta que arriba mira, como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol?» Que aunque son breves, son de grande loor, porque juntan tres cosas, la mañana, la luna y el sol, que son toda la alegría y la belleza del mundo. Pues es como si dijese así: ¿Quién es ésta que viene por allí mirando hacia nosotros, que no parece sino el alba cuando asoma rosada y hermosa? Y es tan hermosa entre las mujeres como la luna entre las menores estrellas; antes, por mejor decir, es resplandeciente y escogida entre todas las luces como el sol entre las lumbres del cielo; que, así como el sol es príncipe entre todas las luces soberanas, y escogido de tal manera que todos se aprovechan y participan de su lumbre, así ésta es todo dechado de

toda beldad, y la que á ella pareciere, más bella será, y juntamente con su hermosura, tiene una majestad y gravedad, que no parece sino un escuadrón, que á todos pone reverencia y temor. Y en decir «escogida como el sol», alude á la gran belleza de ella, y á la grande estimación en que su esposo la tiene más que á las otras, y es muy gentil manera de loar ésta, diciendo primero *alba*, que es hermosa y resplandeciente, y luego *luna*, que es más, y luego *sol*, que es lo sumo en este género, y los artifices de bien hablar loan mucho este modo de decir, y lo llaman encarecimiento acrecentado.

«Al huerto de los nogales descendí, á ver los frutos de los valles, y si florecia la vid y si florecían los granados. No sé; la mi alma me puso como los carros de los príncipes de mi pueblo.» Estas palabras, los más atribuyen á la esposa, en que respondiendo al esposo, le da cuenta de cómo vino á aquel huerto donde él estaba, que llama del nogal, por alguno que en él había, á ver los frutales si brotaban; y que esto lo dice por uno de dos fines: el uno, que sea como una excusa y un color de ser venida por aquella parte, que aunque en realidad de verdad la traía el amor y deseo que tenía de verse con su esposo, pero es muy propio al natural y genio de las mujeres dar muestras diferentes de sus deseos, y fingirse como olvidadas de lo que más buscan; y así como respondió á lo que el esposo le pudiera preguntar de su venida, dice: Vine á ver este mi huerto, y á ver si los árboles echan ya flor; pero un amor tan descubierto como (según lo que hemos visto) era este, no da lugar á semejante disimulación; y así, es mejor entender que estas palabras se dicen por otro fin, que es que sepa el esposo la causa de su cansancio de la esposa, como se verá en las palabras que dice: «No sé; mi alma, etc.» Había venido corriendo, y estaba de la prisa sin fuerza y sin aliento, de lo cual juntamente da cuenta y se queja á su esposo; que las personas que bien se quieren, y mayormente las mujeres, con lástima regalada cuentan luego sus

cuitas, y es como si dijese: ¡Ay esposo mío, tan deseado y tan bien buscado de mí, y qué cansada estoy y qué muerta de la priesa que he traído! Que luégo como sentí que andábades en el huerto, en el cual hay grandes nogales y parras y otros frutales, luégo en este punto descendí aguijando, y he venido tan presto, que yo no sé cómo vine ni cómo no, mas de que mi amor me aguijó tanto, y me puso en el amor tanta fuerza y ligereza, que no me parece sino que he venido como en un ligerísimo carro de los que usan los príncipes y poderosos de mi tierra ó pueblo.

Parece mejor que estas palabras, «descendí al huerto,» las diga el esposo, y que en ellas responde á la secreta queja que verisimilmente se presupone tener su esposa de él, por haber llegado á su puerta y llamádola, y después pasádose de largo, de donde nació andar ella perdida buscándolo; á lo cual, ganándole por la mano, responde que, como se tardó en abrirle, quiso ver el estado de su huerto entre tanto, y proveer á lo que fuere necesario, y con esta disculpa del esposo vienen muy á pelo las palabras que siguen, á que le responde la esposa:

«No sé; la mi alma, etc.» Mi alma, muchas veces es lo mismo que mi afición y mi deseo. «Los carros de Aminadab,» entiéndese cosa ligera y que vuela corriendo, que *Aminadab* no es nombre propio de alguna persona ó lugar, como algunos piensan; que quiere decir, de mi pueblo príncipe, y esto dice, porque en tierra de Judea había pocos caballos, toda la demás gente usaba ir cabalgando en asno, sino era los principales y poderosos de ella, que hacían traer de Egipto caballos muy buenos y muy ligeños, y andaban en carros de cuatro ruedas, que traían aquellos caballos. Pues dice: No sé lo que ha sido, ni lo que te has hecho en dejarme así, ni la causa que te movió á ello, si no fué querer ver tu huerto ó alguna otra cosa; en fin, no sé nada; esto sé, que el deseo mío y el amor entrañable que te tengo, que posee mi alma y la rige á su voluntad, me ha traído en tu busca luégo que te sentí, volando como

en posta. Y contando esto, dícele lo que pasó con las mujeres que la acompañaban, viéndola ir con tanta presteza, que la decían:

«Torna, torna, solimitana.» Y no se ha de entender, como avisan los que tienen mejor entendimiento en estas cosas, que son las dueñas las que dicen agora estas palabras, sino hase de entender que las dijeron antes, esto es, cuando vieron que se les partía tan apresuradamente; y que la esposa las refiere agora al esposo, contándole esto y todo lo demás que con ellas pasó, pues acaba de decir que vino volando en busca de su esposo. Dice que las compañeras, viendo que se apartaba de ellas, con apresuramiento la comienzan á llamar, y pedilla que volviere y no se diese tanta priesa, como que no la habian visto del todo ni gozado enteramente, ni considerado bien su beldad; y así la dicen: «Tórnate, tórnate.» El redoblar unas mismas palabras es propio de todo lo que se dice y pide con afición. *Solimitana* es como decirle jerosolimitana ó mujer de Jerusalén, como llamamos romana á la mujer de Roma, y esto porque Jerusalén antiguamente se llamó Salén, como la Escritura la llama donde dice: *Melchisedech rex Salem*; y David lo llama también así en el salmo 76. Pues á este ruego de las demás responde la esposa, y dice:

«¿Qué miráis en la solimitana en coros de escuadrones?» Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen demanda y respuesta, de manera que volviéndose hacia las dueñas que llaman con tanta instancia les diga: ¿Qué es lo que queréis en mí? Responden ellas: Miramos en ti un coro de escuadrones, esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para vencer á los que te miran y sujetarlos á tu mandado, como lo es un escuadrón puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por más acertado, es hacer todo una cláusula y una sentencia, en que diga á la esposa de esta manera: Como me llamaron, volvíme hacia ellas, las cuales, por mirarme mejor, divididas de la una parte y la otra, se pusieron en dos hileras como en coros; yo enton-

ces dijeles: ¿Á qué me miráis así, puestas unas de una banda y otras de otra, como escuadrón que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió á ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas escuadrón porque eran muchas, y coro por estar así divididas. Lo que cuenta habelles respondido, se cuenta en el capítulo que se sigue, que es la mayor parte de él.

CAPÍTULO VIII.

ESPOSA.

- 1 ¿Qué miráis en la Solimitana, sino coros de escuadrones? ¡Cuán lindos son tus pasos con el calzado, hija del Príncipe! los cercos de tus muslos como ajorcas labradas de mano de maestro.
- 2 Tu ombligo como taza de luna que está vacía. Tu vientre como montón de trigo cercado de violetas.
- 3 Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.
- 4 El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Esebón, junto á la puerta de Barrabín. Tu nariz como la torre del Líbano, que mira frontera de Damasco.
- 5 La cabeza tuya sobre ti como el Carmelo; la madeja de tu cabeza como la púrpura, el rey atado en las canales.
- 6 ¡Cuánto te alindaste! cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!
- 7 Esta tu disposición semejante es á la palma, y tus pechos á los racimos.
- 8 Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de los manzanos.
- 9 El tu paladar, como vino bueno que va á mi amado á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.
- 10 Yo soy de mi amado, y su deseo á mí.

11 Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.

12 Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados; allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras si dan olor; que todos los dulces frutos, así los nuevos como los viejos, amado mío, los guarde para ti.

COMENTO.

«¿Qué miráis en la Solimitana, etc.?» Véase su explicación á fines del capítulo antecedente.

«Cuán lindos son tus pasos.» Prosigue en su cuenta la esposa, y dice á su esposo que, como las dueñas se llegaron á que se detuviese un poco, que volvió á ellas; y ella por su ruego les volvió la cara, preguntándoles qué era lo que de ella querían, y la causa por qué la miraban así. Ellas, como dando razón de la justa demanda y de su ardiente deseo, comenzaron á loar con gran particularidad y encarecimiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder á la admiración de la hermosura que pusieron, y los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Jerusalén la primera vez. Pues comienza de los piés, cuya ligereza y presteza acaba de ver entonces, y va hasta la cabeza, por ir á lo mayor de lo menor, que es galana manera de loar; y así dice:

«¡Cuán lindos son tus piés en tu calzado, hija de príncipe!» Loan el buen aire y movimiento del pié bien hecho y calzado justo, y que venía como nacido á la esposa. Y dicho en forma de admiración, quiere decir que eran extremadamente bellos, y no así como quiera, «hija del Prín-